

El Último Viaje (escrito por Azul Ébano)

Llevo algunos días con esta sensación de agonía, ya no siento mi cuerpo. Estos días postrado me han hecho recordar mi infancia en Bélgica. El campo, las amapolas, los waffles de mi abuela, el frío... ya no recuerdo qué es el frío. Y es que 23 años en Hawai no pasan en vano. 23 años en la isla Molokai, conocida como la Colonia de la Muerte, y sigo sin explicarme por qué la han llamado así, si yo no he encontrado más que vida. Hay otras cosas que en esta agonía divagante no me explico. Como las contradicciones de los europeos, de siempre aspirar a llegar más arriba, sin entender que lo que urge es poner los pies sobre la tierra y habitarla mientras coexistamos. Esos enormes edificios e iglesias, ¿para qué, para acercarse al cielo? Si basta con mirar el agua cristalina y las nubes reflejadas en ella para poder mirar, tocar y bañarse en Dios. Tampoco entiendo algunas rigideces del catolicismo. Que no se malentienda, porque a él dediqué mi vida. Pero me enseñaron a creer que las mujeres deben cubrir casi cada centímetro de piel, y sin embargo, nada me parece más humano y hermoso que las muchachas hawaianas con sus piernas y pechos descubiertos. Piernas fuertes con las que cruzan islas, atrapan jabalíes y cosechan piñas y pechos que nutren a sus crías, recordándome únicamente la generosidad de la mismísima Virgen que nutrió al hijo de Dios. Sinceramente, la única vulgaridad que veo en eso, es el afán de querer censurarlo. Eso es vulgar... He vuelto a divagar. Por suerte nadie toma nota de mis pensamientos, ya estaría condenado por herejía.

Esta mañana han venido Lulani y Mahina a traerme camarones para desayunar. Aún no me explico la destreza de niñas de 5 y 7 años para recogerlos y encima padeciendo de paralelepípedo (porque en esta isla está prohibido llamarle lepra). Cuando intenté pelarlos, lo que cayó en mi plato no fueron cáscaras, sino una uña y varios pedazos de mi piel. Cerré los ojos, pues no estaba preparado ni para el morbo ni para la vergüenza. Pero las hermanas Kekoa no tardaron ni 2 segundos en abrírmelos y estallar en la más estridente de las risas. No me pude resistir. Reímos juntos un buen rato. También lloré, pues sentí en las carcajadas al Cristo vivo misericordioso. Pensar que ya me queda poco tiempo para enrostrarlo. No tengo miedo...

Esa misma tarde, Damian de Molokai exhaló su último suspiro, y llegó al paraíso. Pero no se dio cuenta. Pues llevaba 23 años habitándolo.